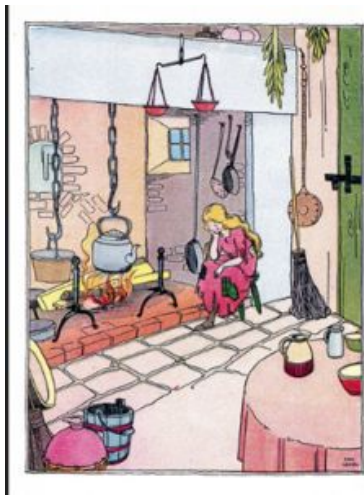


# CENICIENTA

por Charles Perrault 1697

*El autor Francés Charles Perrault se conoce como el "padre del cuento de hadas" por sus conocidos cuentos como "Caperucita Roja", "Gato con Botas", "La Bella Durmiente" y "Cenicienta". Cenicienta es un famoso cuento popular, una historia que se ha transmitido durante muchas generaciones, sobre una joven que intenta superar la crueldad de algunos de su familia. Existen numerosas versiones diferentes de la historia, con raíces históricas en lugares tan distantes como China e Italia. Esta versión, de Perrault, es la primera en incluir la famosa calabaza, hada madrina y zapatillas de cristal. Mientras lees, toma notas de cómo Cenicienta y sus hermanastras se tratan a lo largo de la historia.*

Una vez hubo un caballero que se casó, por su segunda esposa, con la mujer más orgullosa y altiva que alguna vez fue vista. Ella tenía, por un ex esposo, dos hijas propias, que eran, de hecho, exactamente como ella en todas las cosas. Él también tuvo, por otra esposa, una hija pequeña, pero de incomparable bondad y dulzura, como su madre, que era la mejor criatura del mundo.



Tan pronto como terminaron las ceremonias de la boda, la madrastra comenzó a mostrar sus verdaderos colores. No podía soportar las buenas cualidades de esta linda chica, y cuanto menos hacían que sus propias hijas parecieran más odiosas. La empleó en el trabajo más malo de la casa. Ella limpiaba los platos, las mesas, limpiaba la habitación de la señora, y las de sus hijas. Ella dormía en una lamentable desván en un miserable cama de paja, mientras sus hermanas dormían en habitaciones elegantes, con pisos con incrustaciones, en camas de la última moda, y donde tenían espejos tan grande que podían verse a sí mismos en toda su longitud de pies a cabeza.

La pobre niña lo soportó todo con paciencia y no se atrevió a decirle a su padre, que la habría regañado; porque su esposa lo gobernó por completo. Cuando había terminado su trabajo, solía ir a la esquina de la chimenea y sentarse allí en las cenizas, lo que provocó que se llamara Cindermozza. Solo la hermana menor, que no era tan grosera e incivilizada como la mayor, la llamaba Cenicienta. Sin embargo, Cenicienta, a pesar de su ropa tosca, era cien veces más bella que sus hermanas, aunque siempre vestían muy bien.

Sucedió que el hijo del rey dio un baile e invitó a todas las personas de moda. Nuestras jovencitas también fueron invitadas, ya que recortaron una gran figura entre los de calidad. Estaban encantadas con esta invitación, y maravillosamente ocupadas seleccionando los vestidos, las enaguas, y peluquería que sería mejor para ellos. Esta fue una nueva dificultad

para Cenicienta; porque fue ella quien planchó la ropa de sus hermanas y plisó sus volantes. Hablaron todo el día de nada más que de cómo deberían vestirse.

"Por mi parte", dijo la mayor, "usaré mi traje de terciopelo rojo con adornos franceses".

"Y yo", dijo la más joven, "tendré mi enagua habitual; pero luego, para hacer las paces para eso, me pondré mi capa de flores doradas y mi stomacher de diamantes, que está lejos de ser el más ordinario del mundo".

Enviaron al mejor peluquero que pudieron conseguir para maquillarse y ajustarles los peinados, y obtuvieron sus pinceles rojos y parches de Mademoiselle de la Poche.

También consultaron a Cenicienta en todos estos asuntos, ya que ella tenía excelentes ideas y su consejo siempre fue bueno. De hecho, incluso ofreció sus servicios para arreglar su cabello, lo cual aceptaron con mucho gusto. Mientras hacía esto, le dijeron: "Cenicienta, ¿no te gustaría ir al baile?"

"¡Pobre de mí!" dijo ella, "solo se burlan de mi; no es para que yo vaya a tal lugar".

"Tienes toda la razón", respondieron. "Haría reír a la gente al ver un Cindermoza en un baile".

Cualquiera que no fuera Cenicienta les habría arreglado el pelo torcidamente, pero ella era muy buena y los había vestido perfectamente bien. Estaban tan emocionadas que no habían comido nada en casi dos días. Luego rompieron más de una docena de cordones tratando de atarse lo suficiente para darles una forma fina y delgada. Estaban continuamente frente a su espejo.

Por fin llegó el día feliz. Fueron a la corte, y Cenicienta las siguió con la mirada lo más que pudo. Cuando los perdió de vista, comenzó a llorar.

Su madrina, que la vio llorando, le preguntó qué le pasaba.

"Ojalá pudiera. Ojalá pudiera." No pudo terminar, siendo interrumpida por sus lágrimas y sollozos.

Esta madrina de ella, que era un hada, le dijo: "Desearías poder ir al baile; ¿No es así?"

"Sí", gritó Cenicienta, con un gran suspiro.

"Bueno", dijo su madrina, "sé una buena chica, y yo me las arreglaré que te vayas. Luego la llevó a su habitación y le dijo: "Corre al jardín y tráeme una calabaza".

Cenicienta fue inmediatamente a recoger la mejor que pudo y se la llevó a su madrina, sin poder imaginar cómo esta calabaza podría ayudarla a ir al baile. Su madrina sacó todo el

interior, dejando nada más que la cáscara. Una vez hecho esto, golpeó la calabaza con su varita e instantáneamente se convirtió en un excelente carruaje. dorado por todas partes con oro.

Luego fue a mirar su trampa para ratones, donde encontró seis ratones, todos vivos, y ordenó a Cenicienta que levantara un poco la trampilla. Al salir, le dio a cada ratón un pequeño golpecito con su varita mágica, y en ese momento el ratón se convirtió en un buen caballo, que juntos hicieron un conjunto muy fino de seis caballos de un hermoso color gris.

Estando sin un cochero, Cenicienta dijo: "Iré a ver si no hay una rata en la trampa que podamos convertir en cochero".

"Tienes razón", respondió su madrina, "Ve y mira". Cenicienta le trajo la trampa, y en ella había tres ratas enormes. El hada eligió el que tenía la barba más grande, lo tocó con su varita y lo convirtió en un cochero gordo y alegre, que tenía los bigotes más perfectos que jamás habían visto sus ojos.

Después de eso, ella le dijo: "Vuelve al jardín y encontrarás seis lagartijas detrás de la regadera. Tráemelas.

Apenas lo había hecho, cuando su madrina los convirtió en seis lacayos, que saltaron inmediatamente detrás del carruaje con sus libreas todo deslucido con oro y plata, y se aferraron tan cerca uno del otro como si no hubieran hecho nada más en toda su vida. El hada le dijo a Cenicienta: "Bueno, aquí ves un equipo en forma para llevarte al baile; ¿no estás satisfecho con eso?" "Oh, sí", gritó ella; "¿Pero debo ir en estos trapos desagradables?"

Su madrina la tocó con su varita y, en el mismo instante, su ropa se convirtió en tela de oro y plata, todo plagado de joyas. Hecho esto, le dio un par de zapatillas de cristal, las más bonitas del mundo. Al estar así engalanada, se subió a su carruaje; pero su madrina, sobre todo, le ordenó que no se quedará pasado de la medianoche, diciéndole, al mismo tiempo, que si se quedaba un momento más, el carruaje volvería a ser una calabaza, sus caballos ratones, su cochero una rata, su lagartos de lacayos, y que su ropa se volvería igual que antes.

Le prometió a su madrina que dejaría el baile antes de la medianoche; y luego se alejó, apenas capaz de contenerse de alegría. El hijo del rey, a quien le dijeron que había llegado una gran princesa, a quien nadie conocía, salió corriendo a recibirla. Él le dio la mano cuando ella bajó del carruaje, y la dirigió al pasillo, entre toda la compañía. Inmediatamente hubo un profundo silencio. Todos dejaron de bailar y los violines cesaron jugar, tan fascinado estaba todo el mundo con las belleza singular de la desconocida que había llegado.

Entonces no se escuchó nada más que un ruido confuso de "¡Qué hermosa es! ¡Qué hermosa es!

El rey mismo, tan viejo como era, no pudo evitar mirarla y decirle a la reina suavemente que había pasado mucho tiempo desde que había visto una criatura tan hermosa y encantadora.

Todas las damas estaban ocupadas considerando su ropa y su tocado, con la esperanza de que se hicieran algunos al día siguiente siguiendo el mismo patrón, con que pudieran encontrar materiales tan finos y manos capaces de hacerlos.

El hijo del rey la llevó al asiento más honorable y luego la llevó a bailar con él. Bailó con tanta gracia que todos la admiraban cada vez más. Se sirvió una buena comida, pero el joven príncipe no comió ni un bocado, tan intensamente estaba ocupado observándola.

Ella fue y se sentó junto a sus hermanas, mostrándoles mil cortesías, dándoles parte de las naranjas y cidras que el príncipe le había presentado, lo que los sorprendió mucho, porque no la conocían. Mientras que Cenicienta estaba divirtiendo a sus hermanas, oyó que el reloj marcaba las once y tres cuartas, por lo que inmediatamente hizo una reverencia a la compañía y se alejó tan rápido como pudo.

Al llegar a casa, corrió a buscar a su madrina y, después de haberle agradecido, dijo que deseaba sinceramente que también pudiera ir al baile al día siguiente, porque el hijo del rey la había invitado.

Mientras le contaba ansiosamente a su madrina todo lo que había sucedido en el baile, sus dos hermanas llamaron a la puerta, que Cenicienta corrió y abrió.

"¡Te quedaste tanto tiempo!" lloró, boquiabierta, frotándose los ojos y estirándose como si hubiera estado durmiendo; sin embargo, no había tenido ningún tipo de inclinación a dormir mientras estaban fuera de casa.

"Si hubieras estado en el baile", dijo una de sus hermanas, "no te habrías cansado de eso. La mejor princesa estaba allí, la más hermosa que los ojos mortales jamás hayan visto. Ella nos mostró mil cortesías y nos dio naranjas y citrones".

Cenicienta parecía muy indiferente en el asunto. De hecho, ella les preguntó el nombre de esa princesa; pero le dijeron que no lo sabían, y que el hijo del rey estaba muy incómodo por su cuenta y le daría a todo el mundo saber quién era ella. Ante esto, Cenicienta, sonriendo, respondió: "Ella debe ser muy hermosa; ¡Qué feliz has sido! ¿No podría verla? Ah, querida Charlotte, préstame tu vestido amarillo que te pones todos los días.

"Sí, de seguro!" gritó Charlotte; ¡Prresta mi ropa a un Cindermazo tan sucia como tú! Debería ser tan tonta.

Cenicienta, de hecho, esperaba una respuesta así, y se alegró mucho de la negativa; porque se habría puesto triste, si su hermana le hubiera prestado lo que ella pidió en broma.

Al día siguiente, las dos hermanas estaban en el baile, y también Cenicienta, pero vestían aún más magníficamente que antes. El hijo del rey siempre fue de ella, y nunca cesó sus elogios y sus amables discursos. Todo esto estaba lejos de ser aburrido para ella, y, de hecho, olvidó por completo lo que su madrina le había dicho. Pensó que no eran más de las once cuando contó que el reloj daba las doce. Ella saltó y huyó, tan ágil como un ciervo. El príncipe la siguió, pero no pudo alcanzarla. Dejó una de sus zapatillas de cristal, que el príncipe recogió con mucho cuidado. Llegó a casa, pero casi sin aliento, y con su ropa vieja y desagradable, sin tener nada de sus galas más que una de las pequeñas zapatillas, el compañero al que había dejado caer.

A los guardias de la puerta del palacio se les preguntó si no habían visto salir a una princesa. Respondieron que no habían visto salir a nadie más que a una niña muy descuidada, y que tenía más el aire de una pobre muchacha de campo que una mujer gentil.

Cuando las dos hermanas regresaron del baile, Cenicienta les preguntó si se habían entretenido bien y si la bella dama había estado allí.

Le dijeron que sí, pero que se apresuró a irse inmediatamente cuando eran las doce y con tanta prisa que ella dejó caer una de sus zapatillas de cristal, la más bonita del mundo, que el hijo del rey la había recogido; que no había hecho nada más que mirarla todo el tiempo en el baile, y que sin duda estaba muy enamorado de la hermosa persona que poseía la zapatilla de cristal.

Lo que dijeron fue muy cierto; por unos días después, el hijo del rey lo hizo proclamar, por el sonido de la trompeta, que se casaría con ella, cuyo pie calzaría esta zapatilla. Comenzaron a probarlo con las princesas, luego con las duquesas y toda la corte, pero en vano; fue llevado a las dos hermanas, que hicieron todo lo posible para forzar su pie en la zapatilla, pero no tuvieron éxito.

Cenicienta, que vio todo esto, y sabía que era su zapatilla, les dijo, riendo, "Déjenme ver si no me queda bien".

Sus hermanas se echaron a reír y comenzaron a bromear con ella. El caballero que fue enviado a probar la zapatilla miró con seriedad en Cenicienta y, al encontrarla muy guapa, dijo que era solo que ella debería intentarlo también, y que él tenía órdenes de dejar que todos lo intentaran.

Pidió a Cenicienta que se sentara y, al ponerle la zapatilla en el pie, descubrió que se encendía con mucha facilidad y le quedaba como si estuviera hecha de cera. Sus dos hermanas quedaron asombradas, pero aún más, cuando Cenicienta sacó del bolsillo la otra zapatilla y se la puso en el otro pie. Luego entró su madrina y tocó su varita con la ropa de Cenicienta, haciéndola más rica y más magnífica que cualquiera de las que había usado antes.

Y ahora sus dos hermanas la encontraban como esa bella y hermosa dama a la que habían visto en el baile. Se arrojaron a sus pies para pedir perdón por todos los malos tratos que le habían hecho sufrir. Cenicienta los recogió y, mientras los abrazaba, dijo que las perdono con todo su corazón y que quería que siempre la amaran.

Fue llevada al joven príncipe, vestida como estaba. Pensó que ella era más encantadora que antes y, unos días después, se casó con ella. Cenicienta, que no era menos buena que bella, le dio alojamiento a sus dos hermanas en el palacio, y ese mismo día los emparejó con dos grandes señores de la corte.

Moraleja: la belleza en una mujer es un tesoro raro que siempre será admirado. Gracia, sin embargo, no tiene precio y tiene un valor aún mayor. Esto es lo que la madrina de Cenicienta le dio cuando le enseñó a comportarse como una reina. Las mujeres jóvenes, en la conquista de un corazón, la gracia es más importante que un hermoso peinado. Es un verdadero regalo de las hadas. Sin ella nada es posible; con eso, uno puede hacer cualquier cosa.

Otra moraleja: sin duda es una gran ventaja tener inteligencia, coraje, buena crianza, y sentido común. Estos y otros talentos similares solo provienen del cielo, y es bueno tenerlos. Sin embargo, incluso estos pueden fallar en traerte éxito, sin la bendición de un padrino o una madrina.